

Brasil

Roberto SEGRE

Coordinador PROURB-UFRJ

CONSERVACIÓN DE CENTROS HISTÓRICOS EN LAS CIUDADES BRASILEÑAS

Durante casi cuatro siglos el continente latinoamericano se cubrió de más de trescientos asentamientos urbanos, cuyas características originales fueron definidas por los patrones de diseño establecidos por las colonizaciones españolas y portuguesas. En la alternancia de configuraciones regulares o irregulares, adoptaron un sistema distributivo semejante basado en el equilibrio establecido entre la trama del hábitat y los iconos representativos del poder civil, comercial, militar y religioso, en sus variantes estilísticas. Con el advenimiento de las repúblicas en el área hispánica y el gobierno imperial en Brasil, comenzó el cuestionamiento de la ciudad colonial y de su arquitectura. La adopción del estilo neoclásico tuvo diversas acepciones y en general correspondió más a un cambio de elementos formales que a intervenciones radicales en las nuevas ciudades capitales: las alamedas y avenidas “extramuros”, básicamente dilataron el compacto espacio de la trama colonial. Columnatas y frisos grecorromanos continuaron la escala de los precedentes monumentos, sobresaliendo el Palacio de Gobierno de Quito o las extendidas galerías de las “calzadas” habaneras. En Brasil, desde Salvador hasta Río de Janeiro, los palacios imperiales del a corte simplificaron las complejas imágenes de la herencia barroca. Resultó insólito el antagonismo formal entre el cuerpo de la iglesia y la fachada académica de la Catedral de Buenos Aires, imitando la napoleónica Madeleine de París.

Con la adopción del modelo haussmaniano en la mayoría del as capitales, cambió la escala del trazado urbano y se inició la demolición de los edificios coloniales en las áreas centrales. El mito del progreso y la apropiación de la ansiada modernidad metropolitana, multiplicó el ejemplo parisino en Buenos Aires, Río de Janeiro, San Pablo, Caracas o La Habana. La herencia

colonial significaba la persistencia del subdesarrollo, del atraso y del provincianismo cultural. Principios que tuvieron mayor énfasis en los países que no poseían obras monumentales significativas estéticamente; mientras resultaron atenuados en aquellos con un número considerable de obras valiosas, como fue caso de México, Colombia o Ecuador. En Buenos Aires, cambió la escala de los nuevos edificios en el centro histórico y el Cabildo se salvó de milagro de la demolición, al interferir con el trazado de la Avenida de Mayo y las diagonales, que le hicieron perder varios tramos de sus galerías originales. En Río de Janeiro, el alcalde Pereira Passos (1903-1906) eliminó más de 400 edificaciones para trazar la Avenida Central. Posteriormente, en 1922 el alcalde Carlos Sampaio demolió el “Morro do Castelo” con todos sus monumentos coloniales, borrando del mapa el origen de la historia urbana y arquitectónica de la capital carioca. En los planos directores de los urbanistas franceses invitados a América Latina —Bouvard, Agache, Rotival, Forestier—, tuvo poca significación la conservación de la herencia colonial: fue una excepción el Plano Director de Forestier para La Habana, que mantenía casi intacto el centro histórico, escondiéndolo detrás de una pantalla de edificios eclécticos.

Cuestionada la dependencia cultural y económica de los países centrales —básicamente Francia e Inglaterra—impuestas por las elites gobernantes en sus respectivos países, nació el movimiento “Neocolonial”, basado tanto en el surgimiento de las clases medias urbanas como en los movimientos nacionalistas que se identificaron con la experiencia de la Revolución mexicana. Regresó la mirada hacia el período colonial en que se había gestado la identidad cultural nacional, así como se reactivaron las perdidas relaciones con España y Portugal. Entre 1910 y 1930, arquitectos y urbanistas reavivaron la llama de la arquitectura hispanoamericana y lusobrasileña. Desde México hasta la Argentina, diversos profesionales impulsaron el estudio de la arquitectura colonial —desde Federico Mariscal hasta Martín Noel—

y comenzaron a construir edificios con elementos decorativos asumidos del pasado nacional, rechazando el academicismo importado.

En Brasil, el movimiento alcanzó cierta importancia en la década de los años veinte, en particular en Río de Janeiro. José Mariano Filho, un médico mecenas de la arquitectura, promovió el estudio de la arquitectura colonial de las ciudades de Minas Gerais y otorgó becas a jóvenes estudiantes para que realizaran levantamientos de palacios, iglesias y monumentos. Lucio Costa fue su discípulo predilecto más aventajado, tanto por la calidad de los dibujos realizados en Diamantina, como por los rigurosos proyectos elaborados en estilo Neocolonial. Mariano fue el anfitrión de IV Congreso Panamericano de Arquitectos, que se celebró en Río de Janeiro en 1930, evento que marcó el triunfo de esta posición —apoyado por el argentino Ángel Guido, acérrimo enemigo de Le Corbusier— frente a los cuestionamientos de los voceros del Movimiento Moderno. Sin dudas, era todavía la resonancia del eco de la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, que había sido la apoteosis del Neocolonial, basado en el reencuentro entre España y América Latina. A pesar de la construcción de algunos edificios importantes dentro de esta tónica —surgidos en la Exposición del Centenario de la Independencia (1922)—, cabe afirmar que resultó un triunfo pírrico, ya que con la Revolución de 1930 encabezada por Getulio Vargas, se impuso la participación de los jóvenes arquitectos de vanguardia, identificados con el Movimiento Moderno, bajo la dirección de Lucio Costa. José Mariano nunca perdonó la traición del joven discípulo y combatió persistentemente las obras renovadoras de la cultura arquitectónica brasileña.

Un hecho insólito que ocurrió en Brasil, dentro del contexto latinoamericano, fue el apoyo de los arquitectos e intelectuales de vanguardia a la conservación de las obras del período colonial. Éstas no fueron asumidas en términos historicistas o de estilo, sino como una expresión de la búsqueda de una expresión propia de la arquitectura brasileña, basada en la adaptación a la particularidad de la vida social, el clima, la geografía y los recursos técnicos y materiales. O sea, frente a los modelos importados, esta herencia representaba el punto de origen de un camino propio que ansiaba gestar la cultura moderna brasileña. De allí que Gustavo Capanema, ministro de educación y salud del

gobierno de Vargas, creó en 1937 el *Serviço do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional (SPAHN)*, hoy convertido en el *Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional (IPHAN)*, con el apoyo de prestigiosos intelectuales, tales como Carlos Drummond de Andrade, Mario de Andrade y Rodrigo de Mello Franco de Andrade, que fue su director hasta los años setenta, a quién le sucedió Aloísio Magalhães. En esta institución se integraron Lucio Costa, Oscar Niemeyer, Carlos Leão, Joaquim Cardozo, Alcides Rocha Miranda, y otros protagonistas del Movimiento Moderno.

Aunque tuvo prioridad la protección de los principales monumentos distribuidos en el extendido territorio nacional, la institución apoyó la inserción de la arquitectura moderna en el contexto histórico, como ocurrió al realizarse el Museo de las Misiones Jesuíticas de Lucio Costa situado en el sur del país; y el Gran Hotel de Ouro Preto de Oscar Niemeyer, en dicha ciudad colonial. Y una actitud más original aún, resultó la política de declarar patrimonio nacional a obras contemporáneas, como la Iglesia de San Francisco en Pampulha, Belo Horizonte, de Oscar Niemeyer (1947), y el edificio del Ministerio de Educación y Salud en Río de Janeiro (1958). Fue sin duda esta conciencia de la importancia de los monumentos “modernos”, que el IPHAN presionó sobre la UNESCO para declarar Brasilia Patrimonio Cultural de la Humanidad (1987), único ejemplo de ciudad contemporánea con este título. Una mancha que pesó sobre el IPHAN, fue no proteger los edificios eclécticos de inicios del siglo XX, despreciados por los modernistas, y en particular por Lucio Costa. Resultó una pérdida irreparable la demolición de la mayoría de los edificios originales de la Avenida Central de Río de Janeiro —homóloga a la Avenida de Mayo en Buenos Aires, hoy Patrimonio Cultural de la Humanidad—, así como del Palacio Monroe, sede del Senado hasta la inauguración de Brasilia.

Aunque el IPHAN protegió los monumentos de las primeras ciudades coloniales situadas a lo largo de la costa atlántica —Belén de Pará, São Luiz de Maranhão, Mariana (Recife), Fortaleza, Salvador, hasta Paratí—; y el conjunto de ciudades mineras —Ouro Preto, Mariana, Diamantina, Congonhas do Campo, Sabará, Tiradentes, São Joao do Rey—; tuvo menos presencia en la transformación de las grandes ciudades a partir del a década de los años sesenta, en coincidencia con el período del a dictadura

militar, hasta 1984. Tanto la visión tecnocrática del gobierno como la presión de la especulación edilicia y la modernización de las áreas centrales urbanas con la construcción de altos edificios de oficinas, alteraron radicalmente las tramas homogéneas de Río de Janeiro, San Pablo, Porto Alegre, Belo Horizonte, y otras. A su vez, la segregación funcional acompañada por la segregación social, originaron la pérdida del espacio céntrico residencial ante la huida de los estratos adinerados hacia los suburbios. Si por una parte, los centros urbanos concentraron lujosas torres de oficinas, por otra perdieron vitalidad funcional, transformándose en áreas desiertas durante las noches y en los fines de semana, siendo apropiadas por vendedores ambulantes, *homeless*, y grupos sociales marginales. Con el regreso a la democracia en los años ochenta, y la mayor capacidad de acción asumida por los gobiernos municipales, se planteó una enérgica acción para revertir esta dinámica negativa, asumiendo las experiencias europeas, en particular el modelo de Barcelona.

La ciudad de Curitiba, bajo la eficaz gestión del alcalde arquitecto Jaime Lerner, fue la primera — en la década de los años setenta— que rescató el valor social, urbanístico y arquitectónico del área central de la ciudad. Fueron restaurados los principales edificios históricos, se peatonalizaron las calles del área con un equipamiento nuevo de mobiliario urbano y quedaron integradas múltiples funciones administrativas, comerciales y culturales. El éxito alcanzado, que tuvo una repercusión nacional e internacional, constituyó el motor impulsor de las diversas iniciativas que surgieron en las ciudades brasileñas en las últimas dos décadas del siglo XX. En Río de Janeiro el “Corredor Cultural” congregó museos, galerías y actividades recreativas en edificios históricos importantes; en Porto Alegre tomó nueva vida el tradicional mercado central; en San Pablo, el decaimiento del centro histórico motivó un programa municipal de reinserción de viviendas para clase media baja —al recuperar el alto número de bloques de apartamentos vacíos existentes en la zona—, y la reconversión funcional de edificios significativos: entre ellos, la bella estación de ferrocarril Julio Prestes fue adaptada para sede de la Orquesta Sinfónica de San Pablo. En Recife, se restauró el conjunto colonial de Mariana y en Salvador, alcanzó nueva vida el barrio de Pelourinho, aunque vaciado en gran parte de la población

pobre que lo ocupaba, para transformarlo en un centro turístico.

Entre las experiencias recientes sobresale la ciudad de Belén de Pará —millón y medio de habitantes—, por la sostenida acción del gobierno del Estado de Pará en colaboración con la municipalidad, bajo la dirección de los arquitectos Paulo Chaves Fernandes —Secretario de Cultura del Estado— y Rosario Lima, responsables de los equipos de profesionales dedicados a la recuperación de los edificios históricos. Fundada en 1616, a orillas del río Pará, en la bahía de Guarujá y frente a la isla de Marajó —famosa por las expresiones artísticas de los indios que habitaban en ella—, constituyó el centro de entrada a la Amazonia desde el Océano Atlántico. Su posición estratégica y la necesidad de los portugueses de defender el territorio, generó en los siglos XVII y XVIII, la construcción de importantes monumentos civiles y militares. A finales del siglo XIX tuvo un resurgimiento económico al convertirse en un importante centro de exportación del caucho; construyéndose las infraestructuras portuarias y varios edificios con estructura metálica importada de Inglaterra. Al finalizar el *boom* económico, tuvo un período de decadencia debido a su aislamiento geográfico, que fue superado en la década de los años sesenta con la construcción de las carreteras Belén-Brasilia y la Transamazónica.

La posición estratégica de la ciudad, la calidad de sus edificaciones históricas y el potencial turístico de la región, definieron las cuantiosas inversiones realizadas para recuperar el conjunto de monumentos situados en el área central. La primera obra ejecutada fue la refuncionalización de los almacenes del puerto, llamados *Estação das Docas* —siguiendo el ejemplo de Puerto Madero de Buenos Aires—, pero en este caso, con un contenido popular y no elitista como el ejemplo argentino. Por intermedio de un concurso, el arquitecto carioca Flávio Ferrera y su equipo, obtuvo el encargo de reactivar el viejo mercado y el centro neurálgico del puerto, denominado *Ver-o-Peso*, logrando una sutil articulación entre los edificios de inicios de siglo con elementos contemporáneos de construcción ligera. Por último, Paulo Chaves y Rosario Lima, dirigieron el ambicioso programa “*Feliz Lusitânia*”, que comprende un conjunto de edificios de valor patrimonial. Comenzó por la recuperación del Palacio Episcopal, la iglesia de Santo Alexandre y su entorno de viviendas populares; el antiguo hospital militar —la *Casa das 11 janelas*—,

utilizado como centro cultural; un convento adaptado como cárcel y ahora utilizado como centro artesanal de producción de joyas; y por último la restauración del primer fuerte de la ciudad. Se trata de una operación en gran escala que transformó la configuración urbana, así como su dinámica social y cultural con las nuevas

funciones determinantes de un espacio público para los habitantes de la ciudad; creando además un atractivo turístico cuya creciente dinámica permitirá recuperar los cuantiosos recursos invertidos.

Río de Janeiro, marzo de 2006

Argentina

Nora CLICHEVSKY

CONICET. Buenos Aires

LA TIERRA VACANTE. SU EXPLICACIÓN Y POSIBLE UTILIZACIÓN. PARTE II

Como continuación de la presentación anterior sobre tierra vacante, el objetivo de este trabajo es, ejemplificando en el caso del Área Metropolitana de Buenos Aires —AMBA—, mostrar la existencia de los vacíos y las políticas posibles de aplicar para utilizarlos o reutilizarlos. El AMBA albergaba, según los datos del Censo de Población y Vivienda de 2001, una población total de más de 13,8 millones de habitantes, localizados desigualmente en un territorio constituido por la ciudad de Buenos Aires (o Capital Federal) y 32 municipios (o partidos) pertenecientes a la Provincia de Buenos Aires, según definiciones del Instituto Nacional de Estadística y Censos-INDEC. La Capital Federal posee poco más que el 7% de la superficie del AMBA —200 km²— y casi el 30% de su población; los Partidos de la Provincia de Buenos Aires que pertenecen al AMBA se organizan en coronas, según su localización en relación con la ciudad de Buenos Aires. La Primera posee un mayor grado de consolidación física y antigüedad de su trama urbana; la Segunda es el sector de mayor crecimiento poblacional en las últimas décadas y presenta los mayores déficits de infraestructura; en ella se localiza la población de menores recursos. La Tercera está constituida por subsistemas relativamente autónomos dentro del área, existiendo grandes superficies vacías o dedicadas aún a actividades rurales.

La historia de la tierra vacante en el AMBA

La existencia de tierra vacante en el AMBA es producto de la cantidad y superficie de los loteos realizados, principalmente, entre los años cuarenta y sesenta. La magnitud de vacíos urbanos, provocados por la gran oferta de tierra en parcelas individuales —producida de manera salteada— ya era muy importante, pues, desde hace varias décadas. Ello se debe, por una parte, a las escasas inversiones necesarias para producir tierra urbana. Por otra, las expectativas de ocupación no pudieron cumplirse debido a la relativa baja en los niveles salariales¹.

Ya en el año 1973, en la mayoría de los partidos, la cantidad de vacíos era muy grande; un trabajo de la época² muestra que, según la dinámica poblacional en décadas anteriores, en algunos partidos, para una densidad media de 100 hab/Ha. se necesitaban “x” años para poder ocupar la tierra ya loteada. Por ejemplo, el Partido de Moreno se ocuparía, con una densidad de 100 hab/Ha. en 83 años, mientras que Quilmes, en 54 años. Estas cifras dan una idea de la magnitud de la tierra vacante y sus posibilidades de ocupación. En 1994, el AMBA tenía 1.443.375 parcelas urbanas baldías —casi la mitad del total de sus parcelas, llegando en algunos partidos a más del 80% de sus parcelas urbanas—. En 2004, aunque dicha cantidad ha disminuido, aun hay una cantidad importante de tierra loteada vacante:

¹ La relativa baja en los niveles salariales se da a inicios del proceso de desindustrialización, como parte de los profundos cambios socioeconómicos, además de los

políticos, que se suceden en Argentina desde comienzos de los años setenta.

² Dirección de Planeamiento Territorial, 1975.